

Fran Guillén

# PASO DE GIGANTE



¿Qué harías si te ofrecieran  
**1 millón de euros**  
de inversión para emprender  
tu negocio?

PIRÁMIDE



# PASO DE GIGANTE

¿Qué harías si te ofrecieran  
**1 millón de euros**  
de inversión para emprender  
tu negocio?



FRAN GUILLÉN

# PASO DE GIGANTE

¿Qué harías si te ofrecieran  
**1 millón de euros**  
de inversión para emprender  
tu negocio?

EDICIONES PIRÁMIDE

## COLECCIÓN «EMPRESA Y GESTIÓN»

Director: Miguel Santesmases

Imagen de cubierta: © Chernetskaya / Dreamstime / Quickimage

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier otro medio, sin la preceptiva autorización.

© Fran Guillén

© Ediciones Pirámide (Grupo Anaya, S. A.), 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Teléfono: 91 393 89 89

[www.edicionespiramide.es](http://www.edicionespiramide.es)

Depósito legal: M. 8.887-2020

ISBN: 978-84-368-4292-0

Printed in Spain

*A mi amada familia.*





# ÍNDICE

Más opiniones sobre <i>Paso de gigante</i> .....	11
Agradecimientos .....	15
1. La crisis.....	17
2. El encuentro.....	21
3. El bautismo .....	25
4. La revelación.....	29
5. La llamada.....	39
6. Los mitos.....	43
7. La pregunta.....	53
8. La decisión .....	63
9. La clase .....	65
10. El desayuno .....	73
11. Detectar.....	79
12. Aguas confinadas.....	85
13. La idea.....	93
14. Idear.....	97

Índice

15. La oportunidad.....	103
16. La noticia.....	107
17. La elección.....	115
18. Aguas abiertas .....	127
19. La entrevista.....	137
20. Dotar.....	141
21. Construir.....	145
22. La frustración .....	151
23. Los correos .....	155
24. El regreso.....	159
25. Mea culpa .....	163
26. El plan.....	167
27. La reserva.....	169
28. La incidencia.....	173
29. La hora límite.....	175
30. Crecer.....	179
31. Pivotar .....	185
32. La inmobiliaria .....	191
33. La decisión .....	195
34. La fiesta .....	201

# MÁS OPINIONES SOBRE *PASO DE GIGANTE*

«Un libro que regala inspiración, experiencia y practicidad. Fran tiene la capacidad de compartir muchas y buenas lecciones sobre el arte de emprender y sobre la vida. Uno sale de la lectura con los ojos bien abiertos, el corazón elevado y la mente bien orientada.»

ALEX ROVIRA

Autor de *La buena suerte*,  
empresario y conferenciante internacional.

«¡Una estupenda receta para emprendedores del Maestro Guillén! Una base de experiencia, dosis de conocimiento, un salteado de inspiración, y todo cocinado a alta temperatura en forma de energía positiva para montar un negocio. Deja al lector saciado y satisfecho con un regusto a 3 estrellas Michelin. ¡A devorarlo!»

JOAN BOLUDA

Autor de *En cien años todos muertos*,  
consultor de marketing digital y emprendedor en serie.

«*Paso de gigante* es un libro que faltaba. Una fábula inspiradora y en ciertos momentos provocadora que abre la mente a quienes quieran cuestionarse su modo de vida por defecto. Un nuevo clásico que bebe de las fuentes de Robert Kiyosaki y Aitor Zárate. Con un ritmo alegre y un estilo directo, deja muy buen sabor de boca. Estoy seguro de que los futuros creadores de unicornios españoles comentarán en el futuro: Yo comencé mi proyecto empresarial con paso de gigante después de leer el libro de Fran Guillén.»

GONZALO RUIZ

Inversor en más de 40 empresas (Reclamador, Genially, Housers)  
y emprendedor en serie (Bolsa.com, Cursos.com, Blogsfarm).

«Mediante una lectura fresca y amena Fran Guillén consigue dos cosas importantes. La primera es, utilizando la metáfora del aprendizaje del buceo, de una manera sencilla pero potente, cómo debes analizar la aventura del emprendimiento para lograr el éxito. Segundo, y más importante, es cómo el personaje principal da la vuelta a un destino anodino para convertirse en una persona más positiva, más audaz y emprendedora. Si te estás planteando emprender, solo necesitas un libro: *Paso de gigante* de Fran Guillén.»

MIGUEL ÁNGEL MARCO

Exdirector del Departamento Médico Científico y  
Exdirector de Innovación en Roche Diagnostics.

«Una historia apasionante para superar las creencias limitantes que nos impiden alcanzar la vida que soñamos, con la guía necesaria para innovar comenzando desde cero.»

JOANA SÁNCHEZ

Presidenta de Inesdi Business School, vicepresidenta de Adigital e inversora en más de diez empresas (Incipy, Telemaki, Womenalia).

«El emprendimiento es un camino lleno de altibajos, emociones, retos y riesgos. Paso de gigante logra plasmar este camino en una fábula que realmente transporta al lector a los pies de un emprendedor.»

SEBASTIÁN BARRIOS

CTO de Cabify, emprendedor en serie e inversor.

«*Paso de gigante* es como si *Padre rico, padre pobre* se encuentra a *El método Lean Startup*. Si alguna vez has soñado con emprender, pero nunca te has atrevido a salir de tu zona de confort y dar el paso adelante, tienes que leer este libro. No solo te servirá como motivación, sino que te permitirá saber las claves para montar un negocio y conseguir inversión.»

JESÚS PÉREZ

Inversor en más de 70 empresas (Bankimia, Finizens y BNext),  
emprendedor en serie y director de CryptoPlaza.

«*Paso de gigante* es una fábula maravillosa que, a través de su protagonista, enseña a los lectores las claves del emprendimiento: constancia, ganas, esfuerzo y no rendirse bajo ningún concepto. Lo verdaderamente importante para cualquier emprendedor no es cómo empieza la idea, sino cómo acaba el proyecto.»

EMILIO MÁRQUEZ

Influencer top 10 España en emprendimiento,  
inversor en más de diez empresas y emprendedor en serie.

«Un libro inspirador, a la vez que instructivo, para el que quiera descubrir las claves en las que se fija un inversor para participar en un proyecto.»

TOM HORSEY

Inversor en más de 40 empresas (Mox, Open Webinars, QA Shops)  
y emprendedor en serie

«Una fábula que nos recuerda que el ser humano siempre es capaz de hacer posible lo imposible: Fran Guillén logra transmitir al lector la energía necesaria para abordar un nuevo reto empresarial.»

MARÍA LUISA GARCÍA

Presidenta de la Asociación Andaluza de Business Angels e inversora  
en más de diez empresas (Smart Protection, Ad4kKids, Checkin)

«Me lo leí muy rápido porque engancha, y los consejos incluidos, así como las fichas correspondientes, condensan lo que todo emprendedor debe saber antes de lanzarse.»

NATALIA GÓMEZ DEL POZUELO

Autora de *Hipolina Quitamiedos* y otros cinco libros más.

«Fran Guillén consigue transmitirnos las ideas más importantes para tener éxito en una empresa, lanzar un proyecto o emprender. Su relato me ha enganchado desde el minuto uno, porque desarrolla dos de mis pasiones. La primera, el emprendimiento; el libro nos ofrece un guion, la metodología necesaria para triunfar emprendiendo. La segunda, el buceo; he tenido la suerte de practicarlo muchas veces y Fran consigue crear una analogía muy acertada entre el buceador y el emprendedor. Muchas veces el buceo te permite planificar y hacer cosas muy parecidas a las que harías en una *startup* o compañía. Por último, el libro nos aporta una dosis de realidad, donde el sentido común es el imperativo que prevalece. En ocasiones, el mundo de las *startups* está lleno de humo y apariencias, y los personajes de este libro nos recuerdan que lo importante no es el tener, sino el ser y el sentir. Lo que nos permitirá sentirnos realizados es desarrollar un proyecto más allá del interés económico, un proyecto sostenible, que nos permite llevar una vida equilibrada, y que disfrutes con ello.»

DAVID TOMÁS

Autor de *La empresa más feliz del mundo* y *Diario de un millennial*,  
inversor en más de 30 empresas (Glovo, DeporVillage, MailTrack)

«Guillén es capaz de contarnos de forma directa, divertida y audaz las grandes verdades sobre lo que significa emprender. Una historia que engancha casi de forma adictiva y nos permite reflexionar y entender las dificultades y los retos que cualquier emprendedor debe superar para llegar a conseguir sus sueños. Una lectura obligatoria para cualquiera que desee empezar el camino de crear un negocio.»

NÉSTOR GUERRA

Profesor en EOI, conferenciante TEDx  
y consultor de innovación

«Relato sorprendente por cómo conduce, a través de la historia de su personaje, sobre las decisiones más importantes cuando se emprende, dando pautas para afrontarlas con éxito.»

MIGUEL MACÍAS

Autor de *El camino para innovar*  
y profesor de innovación en escuelas de negocio como IEBS y ESIC

«¿Qué es eso que da vueltas en tu pensamiento un día tras otro, que enreda, habla y molesta? ¿Qué es lo que te cuestionas y, tal vez por miedo, no te has permitido llevar a cabo...? Quizá te sorprendió una noche en medio del sueño, o te sacudió de sopetón; en muchos casos tan solo aparece lenta y sutilmente, hasta que se muestra como una llamada clara y firme. A menudo esta llamada viene de un reto que se nos presenta, una crisis, una visión o una necesidad. Muchas personas buscan su destino ahí afuera, pero resulta que el camino a este se encuentra escrito en nuestro interior; es la llamada. La llamada exige que seas más de lo que has sido. Te lleva a una encrucijada donde asumes decisiones y acciones que te llevarán más allá de ese lugar, más allá de quién eres en ese momento, evolucionando para descubrirte en un futuro incierto en una versión gigante de ti. ¿Cómo si no superar el miedo que lo desconocido trae? A cada paso de gigante que necesitas dar en tu vida le precede una señal, la llamada del gigante que habita en ti. ¿Vas a escucharla y construir tu destino? Fran Guillén lo ha hecho, y su reflejo impregna esta emocionante fábula de superación y emprendimiento.»

BRUNO MOIOLI

Doctor en Psicología, consultor en empresas  
(Airbus, Bridgestone, Cartier), autor de cinco libros  
y director del programa *Empresas Felices*

# AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi familia, en especial a mi preciosa e inteligente esposa, Maite, que tanto me ha ayudado con este libro. También a mi extraordinaria madre, Patro, y por supuesto a mi maravillosa hija, Ángela. Sin el amor y el apoyo incondicional de ellas este libro no hubiera sido posible. Por supuesto, gracias también a mi padre, Francisco, y hermanos, Isi y María, así como al resto de mi familia, por todo lo que han hecho por mí en la vida y por estar siempre a mi lado cuando los necesito.

También me gustaría agradecer a todos los expertos que han aportado sus testimonios para el libro, en particular a las personas que me ayudaron en su revisión, como Roger Domingo, Nuria Hernández, Simón Hergueta, Irene Montoro, Carlos Vázquez, Raúl Ortiz, Alberto Miranda, Javier Duque, José María Martín, Iñaki Pérez y, por supuesto, a todo el equipo del centro de buceo Open Water La Herradura.

Quiero tener unas palabras de agradecimiento también para los padres de varias de las teorías en las que se basa buena parte de este libro, como Eric Ries, Ash Maurya, Brad Feld, Alexander Osterwalder, Robert Kiyosaki, Steven Johnson, Spencer Johnson, Daniel Pink, Robin Sharma, Yongey Mingyur Rinpoche y Andy Puddicombe, entre otros, y en particular a aquellos que tuve la fortuna de conocer en persona, como Victor Hwang, Steve Blank y Aitor Zárate.

Por último, quiero agradecer a todos los emprendedores a los que he tenido la suerte de echar una mano en algún momento, así como a los socios, inversores y profesionales con los que he colaborado de una forma u otra durante todos estos años. Sin las experiencias vividas con vosotros este libro tampoco existiría.





# 1

## LA CRISIS

*Viernes, 12:00 h.*

*Hospital Público de Andalucía.*

Leo sujetaba una bolsa de papel en su boca para frenar la respiración. Estaba hiperventilando. No era la primera vez; de hecho, de la última hacía tan solo semana. Las ausencias debidas a las visitas al médico eran ya una rutina en el trabajo. En una ocasión se derrumbó en medio de la sala de reuniones, delante de uno de los clientes más importantes de la empresa. Por eso, al primer síntoma había corrido a urgencias. Y como solía ser habitual, la sala de espera del hospital estaba colapsada. Lo único que le aliviaba la ansiedad era dibujar en su pequeña Moleskine roja. Pero tras ceder su asiento a una anciana, le era imposible seguir dibujando con la libreta en una mano y la bolsa en la otra.

—¡Al fin! —balbuceó Leo entrando en la consulta.

—Hola Leo. Pasa, querido —dijo Fernando afable.

Leo estaba más que harto del servicio público de salud. Cada vez que iba a urgencias se tenía que ausentar varias horas del trabajo, y sabía perfectamente que su jefe estaba ya bastante serio con el tema. Aún recordaba la frase que le había soltado al salir camino del hospital: «Date prisa, que no está el horno para bollos». Leo sabía bien a qué se refería. Los rumores en la oficina sobre un nuevo posible despido colectivo no paraban de crecer, al parecer por la supuesta delicada situación económica de la empresa.

—Esto es lamentable, Fernando. Llevo esperando más de una hora. Y eso sin contar con el atasco para llegar. Lo único que me falta es que me despidan, después de tantos años en la empresa, por esta mierda de la ansiedad.

—Bueno, yo como no tengo coche propio... Y sobre esto, pues ya sabes cómo está la cosa últimamente en urgencias —dijo el médico en tono de resignación.

—Ya, ya sé que no es culpa tuya... ¡Ojalá ganara más dinero para poder pagarme la sanidad privada!

—Venga, tranquilízate y dime qué te sucede.

—He sufrido otro ataque.

—Vaya por Dios. Déjame ver... —dijo Fernando mientras se levantaba de la silla para acercarse a explorarlo.

A sus cincuenta y tantos años Fernando Romeo era una eminencia en el hospital, en el que llevaba una década como jefe de servicio. Era un hombre calvo, alto y delgado, aunque con algo de barriga que se resaltaba por la bata blanca. A pesar de su aire aristócrata, era una persona amable, siempre con una sonrisa en la cara.

—¿Es grave? —preguntó Leo alarmado.

—Si no dejas de pensar que lo es, podría llegar a serlo.

—Uf, tú siempre con tus reflexiones y consejitos —respondió Leo malhumorado—. Lo que yo quiero es que me mandes algo para que esto acabe ya.

—¿Te estás tomando las infusiones que te prescribí? Sigues durmiendo poco, por lo que veo... —dijo Fernando con tono de preocupación.

Las ojeras de Leo eran ya de película. Dormir poco se quedaba corto para describir el período de insomnio que llevaba acumulado en los últimos meses. Rara era la noche que dormía cuatro horas. Y desde luego, nunca del tirón.

—Sí, me las tomo, pero no me hacen nada —lamentó cabizbajo Leo, ya más relajado gracias al tono de voz grave y pausado del médico—. Por favor, mándame alguna otra cosa.

—Me temo que no puedo, Leo. Creo que no me queda más alternativa que derivarte al psiquiatra...

—¿Al psiquiatra? ¡No pienso ir a un loquero! —exclamó Leo horrorizado.

—Voy a serte sincero, querido. Esto se está yendo ya de las manos y no se puede tomar a broma.

—Por favor, Fernando, te lo ruego —dijo Leo angustiado—. alguna alternativa tiene que haber...

—Lo siento mucho, pero ya he probado de todo contigo. Aunque... ¡espera! —exclamó Fernando poniéndose en pie de repente—. Mmm, sí, creo que podría funcionar. ¿Cuánto hace que no pruebas algo nuevo?

—¿Como qué...? —preguntó Leo.

—Un momento, por favor. Tengo que hacer una comprobación y ahora te cuento.

Fernando cogió el móvil y escribió un mensaje por WhatsApp. Entretanto, Leo se calmó por completo, llegando a bajar a un ritmo normal su respiración gracias al efecto que ejercía aquel médico sobre él. Tras recibir la respuesta, el médico no pudo contener su sonrisa y comenzó a rellenar velozmente una receta vacía.

—Veo que ya estás mejor —observó Fernando—. Pero puedes recaer en cualquier momento. Así que has de acudir esta tarde a una cita. Aquí tienes las instrucciones. También te he pasado la dirección por WhatsApp.

—Gracias. Lo haré —añadió Leo agradecido.

—Es la última oportunidad, querido. Sé puntual.

Al salir de la consulta, Leo miró la receta del médico. Las instrucciones eran precisas, a la vez que extrañas:

«Cita hoy a las 16:00. No faltes.  
Centro OW. La Herradura, Granada.  
Dr. Fernando Romeo».



## 2

### EL ENCUENTRO

*Viernes, 16:00 h.*

*Centro de Buceo Open Water, La Herradura, Granada.*

Para sorpresa de Leo, su médico esta vez no le había recomendado comer sano, hacer deporte o beber infusiones de hierbas. Ni siquiera le había agobiado con sus típicos consejos para que se tomara las cosas de otra manera y así calmar su galopante ansiedad. Las misteriosas siglas OW de la receta resultaron corresponder a un centro de buceo llamado Open Water, ubicado en un pequeño pueblo de la costa granadina, La Herradura. Al llegar le indicaron en la recepción que fuera al vestuario a ponerse el equipo para salir inmediatamente a realizar un bautismo de buceo.

—Uf, cómo cuesta ponerse el neopreno... —se quejó Leo mientras se intentaba meter en el traje negro que le habían entregado.

—Sí, requiere de cierta práctica —dijo un hombre que se sentó en el banco junto a él—. Todo es cuestión de práctica. ¡Nadie nace sabiendo! Por cierto, me llamo David.

Leo estrechó la mano que le había ofrecido aquel amable y corpulento hombre. Aparentaba rondar los cuarenta y lucía una rizada cabellera. Vestía un flamante traje de neopreno azul con pinta de caro.

—Hola David. Yo soy Leo. Y creo que me estoy empezando a poner bastante nervioso.

—¡Anda, un primerizo! No te preocupes, es normal —lo tranquilizó David—. Aún recuerdo los nervios que pasé en mi primera inmersión...

—Así que no soy el único. ¿Y aun así te has enganchado a esto? —preguntó Leo.

—¡Claro! Desde que me picó el bicho me enganchó por completo y no he parado de bucear.

—¿Qué bicho? —preguntó Leo alarmado.

—Nada, hombre. Es una expresión que uso para describir el efecto que puede tener el buceo en tu vida.

—No entiendo. ¿Cómo que en tu vida? —preguntó Leo extrañado.

David sonrió y dejó pasar un instante antes de contestar, mientras se terminaba de ajustar el traje y calzar los escarpines.

—Verás, Leo. En el buceo se aprenden lecciones a muchos niveles que pueden cambiarte profundamente si las interiorizas.

—Bueno, eso será si finalmente consigo bucear...

—Pues esa ya es en sí una lección —dijo David guiñando un ojo a Leo—. Como en tantas otras cosas en la vida, no importa cómo se empieza, sino cómo se acaba. A mí todo este mundo me ha enseñado mucho. Así que, si sientes el gusanillo, no te rindas y al final lo conseguirás. La clave es perseverar.

—Bueno, la vida marina es algo que siempre me ha atraído —dijo Leo—. Pero yo soy más de ver los peces en documentales desde el sofá. Si te soy sincero, he venido obligado. Y la verdad, no creo que se me dé bien...

—Tranquilo. Realmente es bastante sencillo, esto no es física cuántica. Solo tienes que levantarte tantas veces como te caigas. Es algo que he aplicado continuamente en mi vida y en los negocios, ¡y me ha servido mucho! —dijo David.

—¿Qué negocios? ¿A qué te dedicas? —dijo Leo, cada vez más intrigado por el curioso personaje.

—Esa es una pregunta que requiere un rato largo para contestarse y no tenemos mucho tiempo...

—¿Negocios propios?

—Bueno, he fundado varias empresas que han ido muy bien, aunque también participo en negocios de otros, como inversor.

—Mmm, interesante —comentó Leo pensativo—. ¿Entonces también eres inversor? —preguntó Leo cada vez más intrigado.

—Pues sí. Hace unos años comencé a entrar en proyectos que iniciaban otros. Invertir es una forma de seguir emprendiendo y diversificando, pero con la ventaja de no tener que estar completamente encima del proyecto personalmente. ¿Y tú a qué te dedicas, Leo?

—Bah, yo trabajo en una empresa. Ya sabes, muchas horas y mucho estrés, para un sueldo que no es nada del otro mundo. Pero bueno, no me quejo...

—Pues eso me ha sonado a queja —dijo David con ironía.

—Hombre, siempre he querido mejorar —reconoció Leo—. Supongo que todo el mundo desearía ganar más dinero, sentirse más realizado, tener más libertad...

—¿No te has planteado emprender?

—Uf, claro, a veces he soñado con ello. Incluso lo he pensado seriamente en momentos de despidos en masa en la empresa. Pero como no me ha tocado a mí, luego me he enfriado. Y ahí sigo, aguantando...

—Bueno, ¡nunca es tarde!

—No sé yo... —dijo Leo con el ceño fruncido—. Pero reconozco que me resultan interesantes las historias de personas que han tenido éxito. De camino venía escuchando un *podcast* sobre empresas famosas y sus fundadores, que ahora son millonarios. ¿Te importaría contarme tu historia?

—Bueno, si quieres continuamos luego —interrumpió David, abriendo la puerta del vestuario—, pero ahora tenemos que marcharnos o nos quedaremos en tierra.

—De acuerdo, luego seguimos.





### 3

## EL BAUTISMO

*Viernes, 16:30 h.*

*Bahía de La Herradura, Granada.*

El barco no dejaba de dar pantocazos contra el mar. A pesar de la escasa distancia desde la playa a «La punta de la mona» y que el oleaje no era demasiado fuerte, Leo tenía ya el estómago del revés. «¡Todo esto es un despropósito! Confío en Fernando, pero esta vez se ha pasado de la raya», pensó. Sin embargo, aún resonaban en su cabeza las palabras del médico: era la última oportunidad que le daba antes de derivarle al psiquiatra.

—¡Por favor, chicos, prestad atención! —dijo una mujer desde la parte delantera del barco mientras se ponía de pie manteniendo el equilibrio a pesar del vaivén—. ¡Hola a todos! Mi nombre es Sara. Seré la guía que os acompañará en el bautismo de hoy.

Sara llevaba el neopreno a medio abrochar y la melena morena suelta alborotada por el viento, por lo que tenía que apartársela constantemente de la cara. A pesar de que tenía pinta de superar de largo los cuarenta, seguramente estaba en mejor forma física que la mayor parte de los pasajeros. Leo continuaba con su escalada de nervios. Entre el calor de la tarde, el neopreno y la tensión, tenía la cara empapada en sudor.

—¿Aún nerviosillo? Jejeje. Tranquilo, ¡con Sara estás en buenas manos! —dijo David, que se había sentado a su lado.

—Además, si te ahogas, te rescatará ella, ¡así que no te quejes! —dijo la joven y alta chica rubia que estaba sentada al lado de Leo.

—¡¿Ahogarme?! —dijo Leo mientras reía nervioso tras escuchar el comentario—. ¡¿Cómo que ahogarme?!

—¿Te da miedo el mar? —preguntó la chica.

—Miedo no, pero respeto sí. ¿No se supone que esto es muy seguro? —preguntó angustiado Leo.

—¡Claro, hombre! El buceo es uno de los deportes más seguros. Tranquilo... —comentó David.

—En primer lugar —continuó diciendo Sara elevando el volumen y con sonrisa burlona—, indicaros que el lugar correcto para echar el pato es fuera del barco, no dentro.

En ese momento, Sara comenzó a hacer señales con los brazos hacia afuera, imitando a la típica azafata de vuelo. Los pasajeros del barco, sorprendidos, estallaron en ruidosas carcajadas, debido a una mezcla entre los nervios del momento y la broma en sí.

—Está bien, está bien... Un momento, por favor —dijo Sara aplacando las risas—. Voy a explicaros brevemente algunas nociones básicas del buceo y de la inmersión de hoy. Es lo que llamamos el *briefing*. Son instrucciones sencillas, pero hay algunas claves que es importante que sepáis. Así que, por favor, prestad atención todos.

El sonido de las olas al chocar contra las rocas se mezclaba con el graznido de las gaviotas. Sara continuaba con sus indicaciones mientras Leo seguía de cháchara.

—Disculpa mis nervios, me llamo Leo —dijo a la chica, haciendo caso omiso a la instructora.

—Encantada Leo, yo soy Victoria. ¿Es tu primera vez?

—Sí, bautismo de buceo por indicación del médico.

—¡Qué suerte de médico! —dijo Victoria.

—Pues yo no lo veo así. Para mí esto es un reto.

—Ya, también es mi primera vez, aunque estoy muy tranquila. Por cierto, ¿estás mejor? —preguntó Victoria.

—Pues lo estaba hasta que he empezado a marearme un poco, y claro, ahora al escuchar tu comentario sobre ahogarse... —dijo Leo negando con la cabeza.

—Es que hay palabras como «ahogarse» que es mejor no pronunciar en presencia de novatos, Victoria —dijo David—. Pero tranquilo, esto es muy sencillo. Solo hay que saber dos o tres cosas importantes. Además, en el bautismo no tienes que hacer prácticamente nada, es todo guiado. Eso sí, es importante que prestéis atención.

Leo y Victoria volvieron la cabeza hacia Sara, que estaba ya finalizando la explicación.

—Pues eso es todo —concluyó Sara poco después—. Tranquilos, porque yo estaré cerca de vosotros en todo momento. Así que, bueno, terminamos de equiparnos y nos lanzamos al agua en este punto. ¿Alguna pregunta?

—¿Y cómo nos tiramos al agua? —preguntó Leo.

—Pues mira, Leo —le contestó Sara, solo tienes que dar un «paso de gigante».

Sara hizo el gesto de dar un gran paso adelante tras señalar una plataforma que sobresalía del barco, desde la que debía saltar.

—No sé si seré capaz...

El resto de los compañeros comenzaron a lanzarse al agua uno a uno. Leo se sentía cada vez más nervioso. No saber qué podía encontrarse bajo la superficie le hacía sentir inseguro.

—Te toca, Leo —le dijo Sara tras terminar de ajustarle el equipo—. ¿Preparado?

—Uf, pues estoy bastante nervioso...

—¿Te ves en situación de intentarlo? Esto es muy fácil y yo estaré todo el tiempo a tu lado. Pero si decides no hacerlo, no hay ningún problema. Me lo dices y punto. ¿Vale?

—¡Qué remedio! Vale... —dijo Leo resignado.

Sara le puso el regulador en la boca y, tras realizar unas comprobaciones finales al chaleco, le indicó que avanzara hacia el agua. Sin embargo, Leo no daba el paso. Estaba petrificado, con la pierna derecha levantada.

—¿Te ayudo? —preguntó Sara, a lo que Leo respondió asintiendo con la cabeza mientras levantaba una pierna.

Sara le dio un ligero empujón, haciendo que Leo cayera al agua, tras lo que inmediatamente subió a la superficie gracias al aire del chaleco.

—¿Todo bien? —dijo David, que ya estaba en el agua.

Leo contestó a David haciendo de forma insegura el típico OK del buceo con la mano, uniendo el dedo índice y pulgar. Sara saltó a continuación y reunió a su alrededor al resto de buzos, que esperaban en el agua, todavía en superficie, para sumergirse todos a la vez.

—¿Está todo el mundo bien? —dijo Sara elevando la voz, generando una respuesta inmediata por los buzos que hicieron el OK con sus manos—. Perfecto, pues bajamos.

Sara se puso de nuevo el regulador y señaló con el dedo pulgar hacia abajo para indicar el inicio de la inmersión. Leo intentó recordar las pocas

explicaciones que había escuchado en el barco, a la vez que sostenía la tréquea del chaleco y presionaba el botón de vaciado para bajar.

*¿Y ahora qué tocaba hacer? ¡Ojalá hubiera estado más atento!*, se dijo Leo recordando el consejo de David.

Leo comenzó a sumergirse tras desinflar el chaleco. A los pocos segundos notó la presión en los oídos tras bajar escasamente un metro. Hizo un par de golpes de aire tapándose la nariz para aliviar la presión, pero de repente...

*¡¡¡Ahgggg, no puedo respirar!!!* Una fuerte sensación de angustia se apoderó de Leo al sentir que entraba agua salada en su boca. *¡¡¿Qué está pasando?!!*

Leo había incumplido la única regla realmente vital del buceo que Sara había repetido varias veces: no dejar nunca de respirar.

## 4

### LA REVELACIÓN

*Viernes, 19:00 h.*

*Centro de buceo Open Water, La Herradura, Granada.*

Los buzos entraron al centro de buceo comentando la experiencia con gran jolgorio. Todos, excepto uno. Al sumergirse, Leo había dejado caer el regulador con un golpe involuntario tras vaciar el chaleco. No lo había notado porque aguantó la respiración hasta bajar un metro. Sara se dio cuenta al instante y se lo puso de nuevo en la boca, con lo que pudo volver a respirar con normalidad. Sin embargo, el susto pudo con él. Pidió cancelar la inmersión y subió al barco. La hora a bordo esperando al resto le había servido para relajarse, pero los nervios habían dejado paso a una profunda sensación de frustración.

—No te preocupes, Leo. Esto le puede pasar a cualquiera —dijo David, mientras entraban al vestuario.

—Gracias, David. Pero creo que esto no es lo mío.

—Como te dije, solo es cuestión de intentarlo hasta que lo consigas, ¡como tantas y tantas cosas!

—Ya, pero no creo que lo vuelva a intentar. Tengo muchas preocupaciones como para añadir más. Además, sigo creyendo que no valgo para esto.

—Permíteme corregirte —interrumpió David—. La cuestión no es si vales o no. La cuestión es si quieres o no.

—Hombre, tengo que reconocer que me he quedado con las ganas de ver qué hay ahí abajo. Pero paso de volver a fracasar...

Leo había sentido cierta envidia del resto de buzos, que comentaban que habían visto espectaculares corales, coloridos peces y enormes pulpos, e incluso una gigantesca raya águila.

—Desde luego, la única forma de fracasar definitivamente es no volviendo a intentarlo —dijo David.

Leo sabía en el fondo que lo ocurrido era lo más emocionante que había vivido en mucho tiempo. Pero la decepción de no haberlo conseguido pesaba sobre su espalda más que la botella de aire de acero.

—Oye, David. ¿Te gustaría tomar un café? Yo invito. Así tienes tiempo para contarme más sobre ti. La verdad es que me dejaste intrigado con lo de tus negocios.

—Todavía tengo que terminar algunas cosas aquí... —dijo David.

—Por favor, insisto. Sé que eres un hombre muy ocupado, pero me encantaría que me hicieras un hueco.

—Está bien, está bien. Así te cuento un poco más, que antes he sido algo esquivo.

—Genial, gracias. ¿Dónde vamos?

—Mira, justo aquí detrás —dijo David tocando la pared de las duchas— hay una cafetería muy *cool* llamada «La cochera». Si quieres adelántate y coge sitio, porque suele estar a tope. Ahora me acerco, en cuanto recoja el equipo de buceo.

—Perfecto, allí nos vemos —dijo Leo saliendo del vestuario.

Leo entró en la cafetería colindante con curiosidad. La aparentemente sencilla entrada, con el cartel sobre listones de madera, dejaba paso a una explosión decorativa, mezcla de estilos ibicenco y tailandés con toques tropicales. El conjunto lo completaba un gran fresco de Frida Kahlo al lado de otro del malogrado escritor Federico García Lorca, además de varias esculturas y un mobiliario muy singular.

—Un café americano con hielo, por favor —pidió Leo a la camarera que se acercó a la mesa en la que se había sentado, la única libre. Estaba situada al fondo del local, pegada a una bonita fuente con flores rodeada de césped, justo enfrente de una gran estatua de Buda. Leo abrió su mochila para sacar la Moleskine roja y comenzó a dibujar.

*No sé cómo he podido llegar a esta situación...*, murmuró avergonzado mientras trazaba con rabia las primeras líneas.

Leo se sentía completamente frustrado. Recordó cómo el día había comenzado tan aburrido como cualquier otro, acudiendo a un trabajo que hacía mucho se había vuelto más que monótono. Solo unas pocas horas más tarde se encontraba en la costa, tras un bautismo de buceo fracasado, esperando a un señor prácticamente desconocido para tomar café.

*Yo no soy de la clase de personas que hace estas locuras*, dijo en voz baja mientras reflejaba en la libreta el frustrado bautismo de buceo.

Leo se consideraba alguien que medía muy bien los riesgos. De padres funcionarios, había sido uno de los niños más inteligentes allá donde fuera. Presumía de tener la capacidad de conseguir todo lo que se proponía gracias a su cerebro y su firme postura de «no hacer tonterías con su vida». Obtuvo buenas notas en el colegio, en el instituto, en la universidad e incluso en su máster, y gracias a ello un buen puesto en una empresa.

—Aquí tiene su café —le dijo la camarera amablemente.

Leo cogió el sobre de azúcar, en el que se podía leer, sin firma de autor alguna: «Que las cosas no salgan como esperábamos, muchas veces es lo mejor que nos puede pasar».

*Sí, claro...*, se le escapó en voz alta, *cualquiera sabe quién ha escrito esto*.

Por los altavoces del local comenzó a sonar *Fix You*, de Coldplay. Al momento entró David, caminando a paso ligero con su característico halo de seguridad, mientras canturreaba la popular canción. Leo se levantó y le hizo un gesto con la mano para llamar su atención.

—Hola David, veo que te gusta Coldplay... —le dijo al acercarse.

—Jajajaja. ¡Me has pillado! Pues sí, mucho —asintió sonriendo David—. Especialmente esta canción. Significa mucho para mí.

—¿Y eso?

—Pues mira, la primera vez que la escuché yo estaba en un momento decisivo en mi vida. Desde entonces se me ha quedado dentro.

—¿Un cambio para bien? —preguntó intrigado Leo.

—Sí, claro. Supuso la ruptura con una vida que no sentía mía, que no me motivaba... Fue el inicio de lo que soy hoy en día.

—¿No eras feliz entonces? ¿No te iba bien?

—Jeje, pues verás... Según el estándar que la sociedad suele tener de la felicidad, se podría decir que sí. Como dice la letra de *Fix You*, tenía lo que quería, pero no lo que necesitaba —David hizo una pequeña pausa y sonrió al ver la cara de extrañeza de Leo—. Por aquel entonces yo tenía coche, casa, además de un trabajo muy seguro, bien pagado y que me exigía poco.

—Y, ¿entonces?

—¿Ves? A eso me refiero con el estándar de la sociedad... Sin embargo, a pesar de todo lo que había conseguido no era realmente feliz. No me sentía realizado. ¡Cada día era menos aburrido que el siguiente!

—Ya...

—Había llegado demasiado pronto a lo que suponía que era el culmen de mi carrera tanto personal como profesional, o al menos lo que siempre me habían dicho que era el culmen.

—Vaya —dijo pensativo Leo—. No me esperaba esta historia. Te confieso que me estoy sintiendo bastante identificado con lo que cuentas.

David hizo una pausa mientras la camarera le traía la tónica que había pedido al entrar.

—No me extraña, amigo —continuó diciendo David, tras dar un primer sorbo a su bebida—. Muchas personas anhelan toda su vida conseguir seguridad y estabilidad, pero cuando lo consiguen de repente se sienten vacíos. Si te soy sincero: ¡el mayor problema era que me aburría como una ostra!

—¿Sí?

—¡Pues claro! —sentenció David.

—Uf, parece que me estoy oyendo a mí mismo.

—¿Y eso por qué, Leo? —preguntó extrañado David.

—Pues, no sé... —dijo Leo pensativo—. Igual estoy viviendo algo parecido a lo que te pasaba a ti. Justo estaba pensando, cuando has llegado, que a pesar de que el día de hoy puede que haya sido el más emocionante de estos últimos años, probar cosas nuevas me sigue generando un gran rechazo. Pero he de reconocer que, a pesar del miedo, he sentido curiosidad.

—Jeje, y eso que no has visto la vida que hay debajo del agua...

—Te confieso que llevo todo el día cabreado con mi médico por enviarme a esto del bautismo. Pero ahora que me he calmado un poco, comienzo a verlo de otra manera —dijo Leo con voz dubitativa.

—Creo que tu médico, literalmente, te ha empujado a salir de tu zona de confort.

—¡Pues eso parece! —exclamó Leo.

—Igual te resulta extraño, pero... —continuó David—, aunque en mi caso no fue un médico, me pasó algo parecido cuando decidí cambiar mi vida.

—¿Cuándo escuchaste la canción?

—Más bien cuando comencé a vencer mis miedos y di el gran paso. Hice un salto de fe en muchos aspectos: tanto en mi vida personal como profesional. ¡Y en el buceo! De hecho, a mí también me costó dar el paso de gigante en la primera inmersión.

—No me digas —dijo Leo sorprendido.



—Sí, por aquel entonces yo era muy conservador. Mi cabeza estaba llena de prejuicios. Creía que lo sabía todo, y que lo había visto y vivido ya todo. Era demasiado escéptico.

—Me suena...

—Y una persona muy cercana a mí me hizo darme cuenta de que había otra forma de vivir más allá de la que yo conocía. Es lo que yo llamo la paradoja de la vida perfecta. A pesar de que lo tenía supuestamente todo, luchaba cada mañana por levantarme de la cama. Tenía que inventarme cada día algún motivo para hacerlo. No tenía ilusión alguna por nada. Y pensar que el resto de mi vida iba a ser igual me angustiaba. Porque, al menos para mí, y hasta que se demuestre lo contrario, solo tenemos una...

—Ya...

—Tengo que reconocer que lo pienso ahora, en perspectiva, y aquello era vivir como un zombi.

—Más que vivir, sobrevivir... —musitó Leo.

—Exacto —dijo David haciendo el gesto de OK del buceo con la mano.

—Te lo digo porque es lo que yo considero que hago ahora mismo: sobrevivir. Estoy justamente en ese punto.

—Pues vaya, lo siento, Leo...

—Pero todo el mundo me dice que soy muy afortunado. Una vida supuestamente perfecta: mi coche, mi casa, mi trabajo... En fin, los ingredientes que dicen que hacen falta para ser feliz. Pero al igual que te pasaba a ti, te confieso que me cuesta mucho conciliar el sueño por las noches y encontrar un motivo para levantarme cada día. Mi desmotivación es prácticamente absoluta. Y desde hace un tiempo estoy sufriendo unas crisis de ansiedad inexplicables, y voy a peor. Mi médico ya ha intentado de todo, y me ha enviado a esto del buceo como último recurso.

—Verás... Voy a contarte una anécdota. ¿Conoces la vida de Steve Jobs?

—Vagamente.

—Pues bien. Jobs dimitió en 1985, después de que le hubieran despojado de todas sus funciones tras una serie de disputas con el CEO que él mismo había contratado, John Scully.

—Ah, sí, me suena haberlo escuchado alguna vez.

—Jobs vendió todas sus acciones menos una, que valían una fortuna, con lo que tendría la vida resuelta económicamente. Pero había una condición...

—¿Cuál?

—Le impusieron que no podía competir con Apple.

—Claro, es lógico. ¿Y qué pasó?

—Pues que compitió con ellos.

—¡No me digas!

—Sí, montó una empresa de ordenadores paralela que se llamó NeXT.

—Uf, vaya personaje. ¿Y lo denunciaron?

—Lo amenazaron seriamente. Pero Jobs se plantó y dijo que no le importaba que se lo quitaran todo. Que tenía treinta años y que algo tenía que hacer el resto de su vida. Necesitaba seguir activo, sentirse vivo. No podía estar ocioso toda su vida, viviendo de su fortuna, o se volvería loco.

—¡Menuda historia!

—Pues eso no es lo mejor...

—¿No?

—Hay más. Finalmente, no solo no le denunciaron, sino que, tras una importante crisis en Apple, echaron a Scully y volvieron a contratar a Jobs. ¡Como CEO!

—¡Venga ya!

—¡Como lo oyes! Jobs aceptó volver, pero a cambio les obligó a comprarles NeXT, cuyo software se convirtió en la base del famoso sistema operativo macOS de Apple. El resto es ya historia...

—Una anécdota impresionante.

—Sí. A mí también me impactó mucho. Yo pensaba hasta ese momento que la vida era como una escalera. Que solo tenía que subir los peldaños lo antes posible, y que cuando llegase arriba obtendría la felicidad. Solo había que conseguir subirla, hasta alcanzar la meta final. Pero estaba equivocado. Porque al finalizar el camino...

—También finalizaba la ilusión —musitó Leo.

—Exacto. Y no solo eso. Lo analicé como si yo mismo fuera una empresa, y mi trabajo un simple cliente. Un cliente que, a cambio de lo que me pagaba, no me permitía servir a otros clientes porque exigía toda mi dedicación personal. El coste de oportunidad era demasiado alto. Además, mis ingresos dependían completamente de él, con el consecuente riesgo. Por tanto, decidí despedir a ese cliente, o más bien a mi jefe —dijo David con ironía.

—Vamos, que te largaste...

—Efectivamente.

Leo dejó pasar un minuto sin abrir la boca. Tenía el típico brillo en los ojos de estar a punto de romper a llorar. Sentía como si, por primera vez,

algo que buscaba hace mucho le hubiera sido revelado, como si al fin hubiese comenzado la catarsis interior que necesitaba hace años.

—Tengo una pregunta, David.

—¡Dispara, amigo!

—¿Qué puedo hacer para que no se acabe la ilusión?

—Bueno, eso depende de ti. ¡Hay muchas formas! Hay quien desarrolla aficiones, como entrenar un equipo de fútbol, otros prefieren escribir libros y algunos incluso se dedican a componer canciones. También hay quienes contribuyen a alguna ONG con causas benéficas, culturales o políticas, colaborando con otras personas, organizando reuniones e incluso manifestaciones. En fin, como te digo, depende de cada uno...

—¿Y qué hiciste tú?

—Pues comencé a emprender.

—Qué interesante historia —dijo Leo agradecido—. La verdad es que alguna vez he pensado también en montar algún negocio. Bueno, más bien he fantaseado con ello.

—Pensar en emprender algún día o realmente hacerlo. Esa es la cuestión —dijo David levantando la mano para sostener una calavera imaginaria como interpretando a Hamlet—. De una cosa a la otra hay un paso de gigante.

—Pero ¿qué negocio? —dijo Leo rascándose la cabeza— Estoy realmente perdido en esto... ¡Y eso que en la carrera y en el máster estudié temas de empresas!

—Bueno, no te preocupes. A todo se aprende. A emprender también.

—Pues me encantaría saber cómo aprendiste...—dijo Leo con una mezcla de curiosidad y entusiasmo—. Mira, te propongo un plan. ¿Qué te parece si te invito a tapear algo y a cambio me cuentas cómo lo hiciste?

—No.

David se levantó de la mesa, generando en Leo una expresión entre sorpresa y desazón por entender que rechazaba su oferta.

—Jajajaja, no me pongas esa cara, hombre. ¡Te propongo algo mejor! —dijo David con cierto halo de misterio—. Ya que me has invitado al café, a la cena te invito yo. Pero en mi casa. Así podrás verlo con tus propios ojos. Tengo que irme ya a preparar la cena, que hoy me toca. No soy tan diestro como mi mujer en la cocina, pero hago mis pinitos. ¿Te apetece?

—Uf. Muchas gracias, pero no te molestes. Me da apuro... —respondió Leo sorprendido por la propuesta.

—Vamos, hombre. No es molestia ninguna. Estaremos encantados de recibirte.

—Te prometo que lo pensaré —dijo Leo indeciso.

—De acuerdo, pues a las nueve te espero en casa. Anótame el número para enviarte la ubicación —dijo David entregando su móvil a Leo para que lo escribiera directamente.